

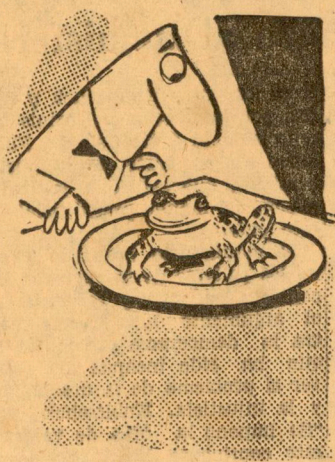
¿Hay que Comerse un Sapo Diario?

por Sebastián Salazar Bondy

Generación tras generación, los peruanos hemos oído decir que la política era sucia, que era imposible ingresar a su esfera sin perder en ello algo de lo que atañe a la rectitud y a la moralidad individuales. Eso, así en bloque, es falso, pero no es posible negar que hay que distinguir varias maneras de intervenir en la política, de ser político. La violenta reacción de algunos senadores a raíz de la declaración del Ministro Antonio Pinilla con respecto a su condición de técnico y no de político, pone el tema en el tapete. Valga la oportunidad para aclarar conceptos. Todos los ciudadanos somos, en resumidas cuentas, políticos: tenemos una actitud ante el gobierno y la cosa pública, poseemos una doctrina o ideología en lo que se refiere a la marcha del país. Y no todos, al mismo tiempo y paradójicamente, somos políticos, en el sentido de que no actuamos profesionalmente en la vida pública, en los cargos oficiales, en el parlamento, en los partidos. Entre uno y otro modo de ser político hay, como es evidente, diferencias.

Entre los políticos propiamente dichos es posible reconocer igualmente dos géneros. El de aquel que pone sus conocimientos técnicos al servicio de la comunidad desde la función administrativa o parlamentaria, a la cual considera un medio y el de que hace de la política el fin de toda su conducta personal, un "modus vivendi" al que nada importan los principios ideológicos, el origen del gobierno al que se sirve, los objetivos y metas que se proponen, en cada ocasión, al Estado. Es a estos últimos políticos a los que se les debe esa

tradición a la cual se ha aludido al comenzar esta nota. Desde niño el cronista oyó a sus mayores y a sus maestros —e igual habrá sucedido con gran parte de los lectores— decir que la política era una actividad para gentes inescru-



pulosas. El aserto comporta una falacia, pero dicha falacia no ha nacido así, porque sí.

En nuestra patria, tal vez debido a su inmadurez cívica, de la cual han sido culpables todos los dictadores, grandes y pequeños, y los que a ellos obedecieron, la mentalidad general ha reducido la política a la triquiñuela, la incondicionalidad, el acomodo, la inconsecuencia, etc. Sin embargo, la política es otra cosa: su sentido prístino es el de servicio social, el de apostolado, y los grandes políticos del mundo, los políticos históricos, lo ilustran.

Por la acepción corrupta del término, un hombre joven como Pinilla, un hombre perte-

neciente a la promoción que no conoció maestros políticos en cuanto a su ejemplaridad, rechaza el calificativo de político, como lo rechazaría el que esto escribe y muchos otros de la misma edad. Ha habido, pues, una confusión semántica: la palabra tiene dos valores, uno exaltativo y otro peyorativo. El segundo es el que tiene mayor difusión, el que en la boca del pueblo circula corrientemente, el que desprecia todo aquel que no quiere ser peón de un juego en el que los propósitos no están claramente definidos. Por cierto, hay que limpiar el vocablo, y el único modo de hacerlo es dignificando la política y su ejercicio. Los antiguos llamaban política al arte de gobernar la ciudad. La definición entraña la majestad de dicha tarea. Reconozcamos que en el Perú ese arte nunca fue siquiera oficio, salvo contadísimas excepciones.

Cierta vez, un aprendiz de hombre público fue hasta Clemenceau para solicitarle una idea por la cual saber si efectivamente, tal como aquel principiante lo creía, tenía vocación de político. "El Tigre" lo llevó hasta el estanco de su jardín, se inclinó sobre él y cogió con las puntas de los dedos un sapo que ahí vivía. "¿Puede usted comérselo crudo?", le preguntó al adolescente. "No —respondió éste con repugnancia—, de ninguna manera". Clemenceau devolvió el animal al agua mientras decía: "Eso es la política: comerse un sapo crudo todos los días". La anécdota nos permite preguntar: ¿Se puede obligar a alguien a engullir un batracio como práctica cotidiana? Por supuesto que no. Y mientras la política sea eso, muchos hombres, como Pinilla, se negarán a declararse políticos.